

Lo urbano en
su complejidad:
una lectura desde
América Latina

Marco Córdova Montúfar, coordinador

Lo urbano en su complejidad: una lectura desde América Latina



© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador
La Pradera E7-174 y Diego de Almagro
Quito – Ecuador
Telf.: (593-2) 323 8888
Fax: (593-2) 3237960
www.flacso.org.ec

Ministerio de Cultura del Ecuador
Avenida Colón y Juan León Mera
Quito-Ecuador
Telf.: (593-2) 2903 763
www.ministeriodecultura.gov.ec

ISBN:
Cuidado de la edición: Paulina Torres
Diseño de portada e interiores: Antonio Mena
Imprenta: Crearimagen
Quito, Ecuador, 2008
1ª. edición: julio, 2008

Índice

Presentación	9
Introducción	
El sentido de lo urbano en América Latina	11
<i>Marco Córdova Montúfar</i>	
I. TRANSFORMACIONES SOCIO-TERRITORIALES EN EL CONTEXTO DE LA GLOBALIZACIÓN	
Globalización, negocios inmobiliarios y mercantilización del desarrollo urbano	37
<i>Carlos A. de Mattos</i>	
Estado, instituciones y desarrollo urbano	65
<i>Ricardo Carlos Gaspar</i>	
O Estado-Nação e as cidades –a redefinição do papel do Estado e a emergência das cidades no cenário internacional– uma questão paradigmática	83
<i>Chyara Sales Pereira</i>	
Lima Metropolitana y la globalización: plataforma de integración subordinada o espacio de autodeterminación en América Latina	101
<i>Roberto Arroyo y Antonio Romero</i>	

II. DESAFÍOS DE LA GESTIÓN URBANA

Repensando las formas de gobierno y gestión pública en grandes ciudades de la Argentina. Análisis en términos de políticas de articulación multiactoral y gobernanza democrática 123
Rodrigo Carmona

Ciudadanos y vecinos: la crisis de la institucionalidad democrática de los Centros Vecinales de la ciudad de Córdoba frente a la complejización del espacio público local 147
Corina Echavarría

As políticas urbanas e o exercício de uma nova esfera pública na gestão das cidades 163
Márcia Helena Batista Costa

Gestão democrática das cidades e a participação dos movimentos sociais urbanos no Brasil 183
Evaniza Rodrigues

PRESENTACIÓN DE CASOS

Gestión comunitaria de los servicios públicos: las mesas técnicas de agua como herramienta para el desarrollo comunitario 205
Maria Gabriela Matos, Unaldo Coquies y Rosa Núñez

Gestión pública e integración urbana: una mirada al programa Bicentenario en Concepción, Chile 221
Alfredo Palacios Barra

Análise da implantação do “Boa-Noite Teresina” como política de prevenção à criminalidade 233
Katherine Lages Contasti Bandeira

III. LO URBANO COMO PROCESO DE COMUNICACIÓN Y APRENDIZAJE

Crónica urbana, la experiencia de vivir en la ciudad	
<i>Brenda U. Iglesias Sánchez</i>	245
Ciudad, espacio público y comunicación:	
Una reflexión en torno al discurso	
pedagógico de y sobre la ciudad	259
<i>Alexander Buendía Astudillo</i>	
Mediaciones pedagógicas para construir ciudad	269
<i>Nobora Aydee Ramírez y Yolanda Hernández</i>	
La Facultad de Arquitectura de La Habana en la ciudad	289
<i>Eliana Cárdenas</i>	

IV. CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LO URBANO

Velhas fazendas cafeeiras: patrimônio	
e turismo em espaços esvaziados	311
<i>Mateus Rosada y Maria Ângela P. C. S. Bortolucci</i>	
Popayán, entre el tiempo colonial y el tiempo moderno	327
<i>Jose Enrique Urreste Campo</i>	
Sociología, ciudad y política: Cali en los últimos veinte años	321
<i>Francisco Javier Ocampo Cepeda</i>	
Motivaciones para pensar la exclusión territorial urbana	359
<i>María Clara Echeverría R.</i>	

III. Lo urbano como proceso de comunicación y aprendizaje

Crónica urbana, la experiencia de vivir en la ciudad

Brenda U. Iglesias Sánchez*

Resumen

El artículo aborda el tema de la ciudad y su construcción colectiva a partir de las interacciones que ocurren en la cotidianidad entre los espacios y los sujetos. Tras un recorrido por diversos relatos sobre la ciudad, la memoria y la cultura, se presenta lo urbano como el resultado de la suma de diversos componentes reconocidos socialmente que le confieren una identidad.

Palabras claves: imaginarios urbanos, memoria, patrimonio.

* Docente del Departamento de Materias Históricas y Humanísticas, Facultad de Arquitectura y Diseño, Universidad de los Andes, Mérida - Venezuela.

“La ciudad es apasionada, semejante a un organismo vivo del que se pueden analizar sus funciones y escudriñarse su corazón.
Ningún otro objeto geográfico llega a suscitar
más opiniones mas subjetivas.
Desde sus técnicos a sus poetas, desde sus habitantes a sus pintores,
defensores o detractores, la ciudad aparece conformada
más de ideas que de piedra y de hormigón”
Michael–Jean Bertrand (1981)

Lewis Mumford para dar inicio a su libro *La Ciudad en la Historia* se interroga y responde: “¿Qué es la ciudad? ¿Cómo se originó? ¿Qué procesos promueve, qué funciones desempeña, qué propósitos cumple? No hay definición única que se aplique a todas sus manifestaciones y una sola descripción no puede abarcar todas sus transformaciones...” (Mumford, 1979: 9). Según el autor, para identificar el origen de la ciudad, debemos seguir las huellas dejadas por el ser humano, por muy remotas que estén en el tiempo, el espacio y la cultura. De esta manera, es el ser humano la clave del recorrido histórico sobre la ciudad. La ciudad es una realidad construida a través del tiempo y en cada tramo de la historia la humanidad cambia y evoluciona según su visión de vida. El concepto de ciudad deriva de la búsqueda del ser humano de mejor calidad de vida urbana.

Desde los primeros asentamientos humanos, la ciudad viene a ser el signo al que se le atribuye el origen de la civilización, por tanto, una ciudad puede considerarse una biografía; las ciudades son la memoria de la cultura, son símbolos de la historia de las relaciones entre los grupos humanos que la conforman en un espacio definido.

Podemos meditar y confrontar diversas ideas sobre ciudad. Aunque por la relatividad histórica que le caracteriza, la ciudad de los últimos dos siglos lleva consigo una extensible faz de negatividad, vista en la reducción de las formas del medio físico que nos envuelve, en el diseño de lo cotidiano, de las formas arquitectónicas, del supuesto orden de la ciudad, en un principio estricto de racionalización y reproducción que trae como resultado la imagen y la realidad inhospitalaria que ofrecen las urbes en que vivimos, hay otras visiones que sin ser más importantes que las ante-

riores, también descubren los motivos que han llevado a los seres humanos a construir y morar las ciudades.

De aquella ciudad signada de un perfeccionado control tecnológico como estigma de una nueva pobreza caracterizada por los fenómenos de aislamiento y neurosis individual, desintegración social, degradación estética y humana y que marcan el que hacer arquitectónico de nuestros días, se ha hablado mucho. Quedan las ciudades que como espacios contenedoras de nuestra existencia, constituye nuestra experiencia urbana, nuestro ser-en-ciudad.

Al referirnos a la ciudad desde una reflexión seria surgen, entonces, varias incógnitas que como sus moradores, nos inquietan: ¿Cuál es la esencia de la ciudad? ¿Dónde podemos hallarla? ¿Qué es lo que nos hace sentir que estamos en la ciudad? ¿Por qué nos sentimos en un medio urbano, aún en lugares donde la ciudad parece inexistente?... Varios se han atrevido a contestar tales preguntas.

Para Juan Carlos Pérgolis (2001:11) es “la trama... con sus elementos capaces de transmitir el significado de la ciudad: configurada en espacios para la permanencia y espacios para el recorrido; las plazas y las calles, más todos los vacíos de la trama urbana”. Pero más allá de su configuración, hallamos el sentido de la ciudad en el relato: aquel que nos habla del encuentro de las empleadas domésticas con los policías, de la señora que vende empanadas, en fin, “los pequeños gestos de la vida urbana, intranscendente a primera vista, sin embargo, relatos que explican mejor con mucha mas claridad el sentido de la plaza, de la ciudad”, afirma Pérgolis.

La arquitectura y la ciudad, mas allá de considerarse como fenómenos separados entre sí, conviven y dialogan sobre sí mismos ante sus moradores, construyen y producen un proceso continuo de significación y de comunicación que trasciende y resulta difícilmente agotable en una única lectura. Esta, es una visión discursiva de la ciudad que por ejemplo, la semiótica trata de descubrir, definiéndola como un conjunto de signos o facturas significativas expresadas en tipologías y morfología edificadoras y urbanas que adquieren una real y objetiva ubicación histórica como creación colectiva. Desde aquí, la ciudad es el lugar donde se hablan y se enuncian casi todos los discursos sociales, y al mismo tiempo, donde la arquitectura se propone como un sistema de signos capaz de comunicar

tanto un conjunto de funciones (habitar, divertirse, correr, etc.) como un conjunto de ideologías y proposiciones sobre el modo de vivir.

Desde la catedral, el mercado, la plaza central, la universidad, el hospital, la farmacia de la esquina, la parada del autobús, la casa; todos se encuentran en el ámbito de las experiencias individuales sobre un mismo cimiento, la ciudad. De allí, la atribución personal de valor a los datos visivos de la ciudad que sin corroer el concepto histórico, se basa en la experiencia y por tanto en la conciencia. Si aceptamos el enunciado que define a la experiencia de la ciudad como parte esencial de la existencia del ser humano, podemos entonces aproximarnos a la intimidad de la ciudad a través de la memoria. La ciudad está memorizada en nosotros desde nuestro habitar, desde nuestro ser-en-ciudad y somos así, “memoriosos” gracias a nuestro padecer ciudad, a nuestro amar ciudad. Por ello, para averiguar cuál es esa, nuestra memoria urbana, tendremos que preguntarnos sobre esa cotidiana, patrimonial y existencial relación nuestra con la ciudad, poblada de desasosiegos, de excitaciones y cansancios. Es esa memoria vivencial que encontramos descrita en las palabras de Octavio Paz, quien nos habla de la ciudad como:

“Hablo de la selva de piedra, el desierto del profeta, la casa de los espejos, el laberinto de ecos... Hablo del gran rumor que viene del fondo de los tiempos, hablo de la ciudad, pastora de siglos, madre que nos engendra y nos devora, nos inventa y nos olvida” (Paz, 1990:210).

Suponiendo que se extendiera a la ciudad un estudio sobre las imágenes profundas del espacio y el tiempo individual en cualquiera de nosotros, surgiría una variedad infinita de valores simbólicos en los datos visivos del contexto urbano como un conglomerado de significados que asume para cada uno de sus habitantes, la ciudad. Quedarían así descubiertas, en un análisis del comportamiento en la ciudad, esas elecciones arbitrarias y hasta involuntarias que le dan sentido a lo que significa propiamente estar-en-ciudad, caracterizado por un increíble conjunto de pequeños mitos, de ritos, de tabúes, de complejos positivos y negativos que resultan de nuestro comportamiento de moradores de la ciudad. Así, la ciudad no debe ser limitada a ser concebida como cosa en sí sino la ciudad en cuan-

to es percibida por sus habitantes. Las ciudades son un conjunto de muchas cosas, así como lo explican todos los libros de historia de la economía, son lugares de trueque, pero estos trueques no lo son sólo de mercancías, son también trueques de memorias, de palabras, de deseos, de recuerdos.

Con cada uno de esos relatos, signos de una comunicación viva donde todos somos creadores, construiríamos una importante crónica urbana para salvar del olvido nuestra experiencia de vivir en ciudad. Una crónica como la fotografía de lo que ocurre en la vida de las gentes y las comunidades narrada de modo sencillo para que sea entendida y comprendida por todos, con sus dichas y desdichas, alegrías y tristezas, fracasos y triunfos, en su único escenario: la ciudad. Un relato con un compendio de fuerza, energía y poderío narrativo que puede llegar a transformarse en una guía social, política y ética. La crónica descubre y redescubre al mundo, porque es un rostro de la realidad inmediata, la cara cotidiana.

Según uno de los cronistas contemporáneos más importante en México, Carlos Monsivais (2007), “el concepto de la crónica está sujeto a los tiempos políticos y sociales”. Una crónica es el testimonio, el espíritu de la época inmediata. Es así la conciencia moral de cada tiempo y cada vida recobrada y capturada en la palabra. El estilo de vida en el país, el ejercicio del poder, las pugnas entre grupos y partidos, la movilización ciudadana, etc. Por tanto, “todo lo que contribuya al crecimiento social y moral del hombre es el objeto, la esencia misma, de una crónica”.

Las fuentes para esta crónica urbana serían entonces micro-historias de la ciudad actual, donde se le presta mayor atención a la cotidianidad y a las personas comunes y corrientes como parte del planteamiento conceptual y metodológico referente al alcance del estudio que deseamos. Es, según Arturo Almandoz (2004: 35), tomar parte de “la diversidad de las fuentes y los discursos utilizados para recrear, generalmente en una aproximación micro-histórica, las manifestaciones culturales de los diferentes actores ciudadanos, así como sus formas de representación”. Es así como incorporamos información física y arquitectónica, datos arqueológicos, información demográfica y estadística, literatura escrita y oral, pintura y fotografía, antropología y psicología a las historias urbanas de ciudades particulares, así como a recorridos temáticos de la historia urbanística, tal

como lo recomiendo este especialista y en donde “la ciudad como manifestación espacial y cultural, así como el urbanismo en tanto disciplina todavía emergente, se entretujan con diversas formaciones discursivas del que parece surgir, sin embargo, una historia urbana de bases más amplias, sólidas y ricas”.

Sin embargo, la clave sigue siendo la palabra, el relato, la historia que se cuenta o que se calla sobre la ciudad en esa constante exploración y confrontación sobre las experiencias de la vida urbana en cada uno de nosotros, en quienes vivimos en ella, y así crear una imagen coherente de comunidad, que en palabras de Richard Sennett (1975:57): “es una colección de deseos, antipatías y metas con el fin de crear una visión de identidad”.

La ciudad afirma Arturo Uslar Pietri (Citado en Arturo Almandoz, 2000:188) “te provee de un sentido de pertenencia, un sentido de formar parte de algo, un sentido de venir de un pasado común, un sentido de tener un futuro común, todo eso constituye lo que es la ciudad”. Porque la ciudad es el lugar donde los deseos, caprichos o impulsos humanos pueden ser satisfechos. Italo Calvino (2000:21) escribió que “de una ciudad no disfrutas las siete o las setenta y siete maravillas, sino las respuestas que da a una pregunta tuya... o la pregunta que te hace obligándote a responder”; y aunque no a todos se nos concede la ciudad que deseamos, aún así, “la ciudad nunca puede sernos indiferentes”, expresó Arturo Almandoz en uno de sus ensayos, aunque “por momentos nos resulte insufrible, dolorosa, problemática, conflictiva, limitante, ajena...” (2000:93). La ciudad como espacio memorioso nos permite aprendernos a nosotros mismos, como parte de nuestra cultura visual, nuestro imaginario sociocultural y nuestras formas de significación; así mismo, debe ser para el planificador urbano, el técnico de la ciudad, el arquitecto; para todos aquellos que moran y construyen la ciudad, los cuales, en la aspiración del ser desde donde surge toda reflexión, busquen y hallen la esencia de la ciudad en nuestra contemporaneidad urbana.

Por tanto, la esencia del erigir edificios como construcción de ciudades, no puede ser entendida adecuadamente sólo en términos bien sea de arquitectura o de construcción ingenieril o planificación urbanística, ni en combinación de ellas; por el contrario, la arquitectura debe pensar en fun-

ción de la totalidad, en donde, en los esfuerzos por una renovación expresiva y formal de la arquitectura, desarrollen una reflexión amplia sobre los problemas sociales, políticos o filosóficos, incluso, tecnológicos de la cultura urbana. Gaudí señaló que la originalidad, esto es la creatividad artística, quería decir “adentrarse en el origen de las cosas, ir a su raíz”, lo que para la arquitectura no es otra sino la existencia humana. Así, ante la ciudad en que vivimos y la que deseamos proyectar, debemos como ciudadanos, recobrar la sensatez y reflexionar sobre nosotros mismos, para volver al origen de las cosas (a esa ciudad ideal que nunca abandonamos) y descubrir nuestra esencia como moradores y nuestra permanencia en ella.

Sin embargo debemos trastocar, como lo pretende este texto, esta otra naturaleza de la ciudad, casi utópica, que aunque no la descubramos no podemos dejar de buscarla.

Pero a la vez el concepto de utopía es desplegado en sus distintas vertientes, como catalizador de espíritus nostálgicos, futuristas, realistas o idealistas. “Creo en definitiva, –comenta María de los Ángeles Rueda (2003:12) en su estudio sobre la ciudad desde las artes– que en todos subyace el temor al dominio absoluto del fantasma de la gran ciudad: inabarcable, uniforme y anodina proyectando”, como dice Calvino (1998), imágenes de “ciudades felices que cobran forma y se desvanecen continuamente, escondidas en las ciudades infelices”.

Nos preguntamos entonces, ¿Qué encontramos en esta ciudad encubierta?... y parece que la respuesta es inacabable... afortunadamente.

Podríamos empezar por señalar a los administradores de la ciudad, los entes encargados de la autoridad y el ejercicio del poder institucional del Estado, que para algunos de nosotros es una de las partes más importante de la urbe, puesto que tienen la obligación de gobernar y trabajar con justicia, humildad y honestidad en beneficio de todos, de velar por los derechos de los ciudadanos y hacer cumplir los deberes y que por sí solas, sus respectivas sedes forman parte del acervo patrimonial arquitectónico de cada ciudad. A veces constituyen las principales fuentes de empleo e ingresos de las familias y cada una de ellas tiene una historia diferente que contar con respecto a sus personalidades más representativas, sobre todo, las de tradición y alcurnia de su ciudad... No obstante, ¿cuántas de nuestras ciudades hoy acoge a estos personajes con tan dignas y deseables

características? ¿cuántos hacen de sus ciudades la morada o sencillamente las excluyen de sus obligaciones y prioridades?...

Vayamos ahora al esqueleto de la ciudad, sus brazos de circulación cuyos bordes constituyen el límite entre lo público y lo privado. Las calles, avenidas y carreteras de la ciudad son puntos de recibimiento y acogida del tráfico vehicular y peatonal de los ciudadanos, del itinerario de las marchas políticas en época electoral, del desfile de carnaval, de las procesiones religiosas, de los deportistas mañaneros; así mismo, de los turistas desorientados por falta de señalización e información vial, de los embotellamientos y las colas que parecen interminables para los chóferes, de los accidentes de tránsito por el abuso y la mala educación vial de los conductores y peatones, o se convierten en la primera plana del diario matutino con titulares como “La guillotina de la muerte” por las estadísticas de mortalidad en la vía o de la caricatura del domingo como “La calle de la luna” por la cantidad de huecos que socavan el asfalto. Estos son sólo algunos de los posibles relatos que pudiésemos escuchar.

Lo encantador es que a través de esta trama nos movemos hasta llegar a nuestro destino revelando aquellos lugares más frecuentados donde todos convergemos y se conservan como puntos de valor en la ciudad; y no sólo los edificios o monumentos ya perfilados oficialmente dentro de los bienes culturales del patrimonio de la localidad, sino también aquellos espacios urbanos que se catalogan en la cotidianidad por parte de un solo habitante o de la colectividad.

Giulio Carlo Argan (1984:219) advierte que la cultura moderna tiene o debería tener la capacidad de abarcar en su propia estructura histórica el valor de un recuerdo, la presencia del pasado propio, como una previsión y proyección del futuro de la ciudad. De esta manera, la ciudad es entendida como un sistema de comunicación de la cultura visiva que sin ser un depósito o un asilo de obras de arte, se configura como un instrumento didáctico para el conocimiento y significados por sus valores históricos – ideológicos, no sólo a través de los monumentos sino de las casas de habitación o las tiendas artesanales; no sólo del producto de las técnicas de construcción sino también de las técnicas de la madera, el metal, el tejido; en general, a partir de todas aquellas expresiones que hacen de la ciudad no sólo conjeturable sino presente en los diversos ritmos de su existencia.

Sin embargo, aún considerando que el valor y el carácter de una ciudad es el resultado de una atribución colectiva, que no es algo que tiene valor para la sociedad en abstracto sino para cada uno de sus componentes, la memoria de estos y del resto de los episodios de nuestra historia urbana es amenazada por la ignorancia y la apatía.

La cotidianeidad marca pauta en esta área, y cada uno de los que nos hacemos llamar ciudadanos, almacenamos en ella toda nuestra experiencia, sin voltear a ver que en cada casa, cada escuela, cada tipología edilicia o urbana, cada solución técnica, en común a un colectivo, vehiculiza y almacena una cultura, una memoria, un conocimiento, un saber, un relato de la historia de la ciudad. Mauricio Pezzo (2005), Director del Movimiento Artistas del Sur (MAS) afirmaba tras la realización de una de sus intervenciones artísticas a la ciudad de Concepción en Chile: “Para nosotros la lección era clara: en nuestras ciudades nadie siente como propio los lugares que son de todos...el habitante urbano es un personaje que está habitualmente en movimiento, ocupado y distraído” y que por lo mismo –agregamos– un ciudadano que se aprecie de tal debe sustituir inmediatez por sensibilidad.

Allanemos estos depósitos de las experiencias urbanas. Historiemos un poco el caso del mercado que continúa siendo el lugar por excelencia para el intercambio comercial, artesanal y gastronómico de los vecinos o extranjeros, a pesar del policentrismo que representan los *super malls* distribuidos a lo largo de la ciudad. Así mismo las plazas, nuestras plazas latinoamericanas, algunas de ellas heredadas desde la época colonial y republicana, y en su mayoría, conmemorativas, son lugares que el transeúnte no deja de advertir en sus paseos por la ciudad o en su diario trajín como espacios de permanencia. La Plaza Mayor –ó de Bolívar– por ejemplo, es un sitio de encuentro de toda la comunidad, representa el punto de fundación de la ciudad y es el principal escenario de nuestras ciudades; podríamos afirmar, de hecho, que si la plaza hablara, contaría la historia de la ciudad.

Todos forman parte del complejo mundo urbano que se abre ante nuestro estar en ciudad, objetos arquitectónicos que tienen su identidad, están presentes en la urbe, son reconocidos por quienes los habitan o los usan; son listados en las fichas catastrales y quedan ocasionalmente regis-

trados en la fotografía de algún paseante curioso que por algún motivo inexplicable pasó frente a ellos y decidió dedicarles un espacio en su colección de imágenes, en su archivo de curiosidades o en su registro científico. Muchas veces, no poseen historia oficial ni académicamente reconocida, pero no por ello pueden omitirse, alguien los construyó, los pensó, y los realizó materialmente. En ellos funcionan colegios y escuelas, sectas religiosas, almacenes, organizaciones, comunidades religiosas o vagabundos. Son útiles y a veces son antiestéticos. Alberto Saldarriaga afirma:

“Ellos –estos depósitos– son el “quien es quien” de la arquitectura de la ciudad, de la región, del país, del mundo entero, la gran mayoría anónimos, que se dedican silenciosamente a hacer ciudad... para los ciudadanos sus edificios no son anónimos, tienen imagen y nombre ¿Por qué entonces la arquitectura de la ciudad se quiere leer sólo a través de sus protagonistas importantes? Esto es sólo un síntoma de ignorancia social que disminuye tanto al individuo como al edificio, como a la ciudad, como a la historia misma del lugar” (Saldarriaga, 1992:8).

Michael Jean Bertrand (1981: 73) afirma que ningún espacio es percibido y utilizado de la misma manera y de forma unánime por todos los habitantes: la pluralidad social, los gustos individuales, el peso de las costumbres y las aptitudes físicas hacen que cada uno tenga una práctica específica, aún cuando sea posible descubrir las grandes líneas de las actitudes colectivas. Todo se trata de la percepción, de la aprehensión del espacio, el registro mental de cada lugar. Lo importante es que como moradores y hacedores nos apropiemos de la ciudad en sus recorridos y la hagamos relatable para el resto. Recordemos que en el fondo de todo este discurso, vamos tras la ciudad feliz, la ciudad ideal, utópica y paradigmática con una clara noción, como lo afirma Kevin Lynch (1981:10), “de lo que puede representar un escenario como deleite cotidiano, como ancla permanente de sus vidas o como multiplicación del sentido y la riqueza del mundo”.

Aún cuando parezca que la percepción de las formas urbanas son imágenes accesibles solamente a especialistas, hay que inducirnos como moradores de ciudad, a desarrollar nuestra mirada arqueológica –en palabras

de Christian Pérez R. (1995:52-53)– para observar lo interesante de un trozo de plano o de fachada. Es común buscar trazas de la arquitectura de la antigüedad colonial, lo que parece una novedad, es hacerlo con la arquitectura más reciente.

Es concebir la ciudad plurideterminada, donde los diferentes elementos que la componen, tienen fuerzas diferenciadas: mezclan su dirección en el espacio, varían su situación en el tiempo, eliminan la igualdad de la fuerza que implica una ciudad jerárquica. Es, según la impresión de Pégolis (2001:18), “la ciudad de los territorios fragmentados”: centros comerciales, áreas recreativas, servicios y conjuntos de vivienda; como una serie de anudamientos en la red; como un juego de diferentes organizaciones espacio-temporales. Pero en la ciudad fragmentada de hoy hallamos imágenes de la ciudad anterior, de aquella ciudad que perdura en la memoria.

Es evidente que la construcción de la ciudad del futuro no puede entenderse como la provisión de obras de arte o monumentos a sí misma. Si bien es siempre posible y deseable dotar a la ciudad de obras arquitectónicas de valor artístico destacado, las obras modestas seguirán produciéndose, si es que se pretende mantener viva la ciudad. Por tanto, afirma Marina Waisman (1992:134), “el acento no ha de estar en la arquitectura individualmente considerada, sino en el paisaje urbano en su conjunto, en el modelo urbano que quedará conformado por las formas de crecimiento que se determinen”. Sin embargo, sin la participación protagónica de la comunidad en su conjunto en los más diversos aspectos de lo que significa resolver sus carencias apelando a este patrimonio construido, es imposible que en el plano inmediato podamos contar con una ciudad deseable, ni con los recursos y medios operativos para un rescate más allá de los monumentos puntuales destinados a usos culturales o turísticos.

“Así entendemos que la primera red que se establece en la ciudad, es una red de afectos; que la ciudad no tiene sentido si no está cruzada por todas las transversalidades de la emoción. La ciudad que al perderse en un punto de fuga aparece atravesada por el afecto. La ciudad que en cualquiera de sus nodos nos dispara una línea transversal dentro de esa red de

emociones, porque la ciudad va a existir mientras haya emociones que la mantengan unida, en el diseño continuo, en el diseño discontinuo, o en el diseño de los fragmentos individuales” (Pergolis 2001:19).

La urbe constantemente está creando imaginarios y legitimando comportamientos sociales para que sus habitantes la recreen; esto lleva a aceptar la existencia urbana como una escuela de vida difícil que amerita asumir la complejidad, la diversidad y la inevitable conflictividad de la ciudad contemporánea.

Si nuestra crónica urbana permite representar la ciudad como contexto, como territorio urbano que influye sobre el pensamiento, la conciencia, los valores y los sentimientos de sus pobladores, nos unimos al llamado que décadas atrás hizo Carles Carreras i Verdaguer (1983: 13), sobre recordar al ciudadano a “ver” la ciudad, “a volver a ver su ciudad”, su escenario cotidiano, esa realidad presente, dinámica y cambiante, de rasgos a menudo contradictorios, de saber analizar el entorno cultural del hombre actual, saber leer sus significados y aprender de sus enseñanzas, “de aprender una lección que no es erudición, sino que está plena de consecuencias sobre la vida práctica y de su entorno social, con todas las dificultades de todo tipo que ello pueda conllevar, para el fortalecimiento de la identidad cultural a través del patrimonio arquitectónico y urbano”.

Quizás no todas las voces de esta ciudad discursiva que nos sirve de morada fueron representadas aquí pero ese es el mayor reto para nosotros y para el resto de quienes vivimos en ciudad. Hoy por hoy no se trata de planificar la vida de las personas sino materializar sus sueños y aspiraciones y dotar a las ciudades de condiciones dignas de vida.

Conclusión

Esta pequeña crónica puso de manifiesto parte de los recorridos y del comportamiento de una o cualquier ciudad advirtiendo sobre las elecciones arbitrarias y hasta involuntarias de la arquitectura, de las formas positivas y negativas que resultan de nuestro comportamiento como moradores y constructores de la ciudad, a las que nos hemos acoplado y acostum-

brado para darle sentido a la variedad de valores simbólicos de nuestro contexto urbano, que surgen como habitante de la ciudad y propiamente, de estar en ciudad. Ella y la experiencia de vivir en ella, son por tanto, parte integrante de cada uno de nosotros, con sus vicisitudes, con la carga de sentimientos de todas las generaciones, de los acontecimientos públicos, de las tragedias privadas, de los hechos nuevos y antiguos; donde todos se contraponen y se confunden. Así, a partir de relatos propios y citados sobre ciudad, apenas se ha proveído de posibilidades discursivas, pero no olvidemos para finalizar, las palabras de Pergolis (2001:18): “La historia no tiene segundas oportunidades, pero cada emoción que sientas, cada recuerdo que tengas y cada relato que escribas de esa ciudad, la harán vivir nuevamente”.

Este ensayo culminaría, entonces con la recomendación de no obviar todas las evocaciones urbanas que hasta aquí hemos enunciado, escritas como notas utópicas, para honrar la relación de los seres humanos con el lugar, en una celebración de la ciudad...

Bibliografía

- Almandoz, Arturo (2000). *Ensayos de cultura urbana*. Caracas: Fundarte.
- (2004). “Notas sobre Historia Cultural Urbana. Una Perspectiva Latinoamericana”. *Perspectivas Urbanas* 1. pp. 29-39.
- Argan, Giulio Carlo (1984). *Historia del Arte como Historia de la Ciudad*. Barcelona, España: Laia.
- Bertrand, Michael-Jean (1981). *La ciudad cotidiana*. Madrid: Colección Nuevo Urbanismo, Instituto de Estudios de Administración Local.
- Calvino, Ítalo (2000). *Las ciudades invisibles*. Madrid: Siruela.
- Carreras i Verdaguer, Carles (1983). *La ciudad. Enseñanza del fenómeno urbano*. Madrid: Ayala.
- Lynch, Kevin (1981). *La buena forma de la ciudad*. Barcelona, España: Gustavo Gili.
- Monsivais, Carlos. (2007). “Acerca de Monsivais” [On line]. Disponible en: <http://www.arzp.com/monsivais/monsivais.html>

- Mumford, Lewis (1979). *La ciudad en la historia*. Tomo I (3ra ed.). Buenos Aires: Infinito.
- Páez R., Christian (1995). “Centro histórico y periferia moderna”. *De Arquitectura* 3. pp. 49-54.
- Paz, Octavio (1990). *Obra poética (1935-1988)*. Madrid: Seix Barral.
- Pérgolis, Juan Carlos (2001). “Bogotá Fragmentada, cultura y espacio urbano a finales del Siglo XIX”. Memoria del Simposio: Ciudad, Memoria y Recorrido. Mérida, Venezuela, Centro de Investigaciones en Ciencias Humana, Universidad de Los Andes.
- Pezzo, Mauricio (2005). “Operaciones instantáneas”. *Bifurcaciones* 3 [On line], en: <http://www.bifurcaciones.cl/003/Pezo.htm#autor>
- Rueda, María de los A. (2003). *Arte y utopía. La ciudad desde las artes visuales*. Buenos Aires: Asunto Impreso Ediciones.
- Saldarriaga, Alberto (1992). “Valor testimonial de las tradiciones urbanas y arquitectónicas”. *Cuadernos Escala* 20. pp. 7-11.
- Sennett, Richard (1975). *Vida urbana e identidad personal*. Barcelona, España: Península.
- Waisman, Marina (1992). “El patrimonio modesto. Reconocimiento y reutilización”. *Cuadernos Escala* 20. p. 3-6.